

## El fantasma de Napoleón tras la conquista de Nueva España

**L**os siguientes documentos fueron localizados en la Colección Genaro García, de la Benson Latin American Collection, en la Universidad de Texas en Austin. Representan dos ejemplos de los valores que en el imaginario de la sociedad novohispana se discutieron durante la crisis política de 1808 a 1821. Los textos son anónimos aunque se infiere que fueron escritos por gente ilustrada. En el primero se destacan las virtudes de la nueva sociedad

republicana francesa; para ello se modificó la letra del credo católico. El segundo pareciera que lo escribió algún cura fanático con la idea de mostrar la maldad que cubría a Napoleón, desde sus progenitores, la gente que le rodeó, el suelo que pisó, sus acciones y hasta los autores que inventaron la ideología liberal, la cual terminaría con la dinastía de Luis XVI "el noble".

Juan Ortiz Escamilla

### El credo de la República Francesa

Creo en la República Francesa, una e indubitable,  
creadora de la igualdad, la libertad;  
en el general Bonaparte, su hijo,  
nuestro único defensor;  
el cual fue concebido de grande espíritu;  
nació de madre virtuosa.  
Padeció por montes y valles;  
fue por los tiranos vilipendiado;  
muerto y sepultado.

Descendió al Piamonte y al tercer día resucitó en Italia.  
Entró en Mantua y ahora está sentado a la diestra de Viena, capital de Austria,  
desde donde ha de venir a juzgar a los príncipes y potentados aristócratas.  
Creo en el espíritu de generosidad francesa,  
en la dignidad del Consulado de París,  
en la destrucción de la tiranía y remisión de los emigrados;

en la resurrección de los derechos  
naturales del hombre;  
en la factura de la paz, libertad,  
igualdad y humanidad eterna.

Amén

**Testamento otorgado por el  
infame Napoleón I. El más  
infame, inicuo, indigno  
emperador de los infelices  
franceses**

En el nombre de los diablos  
y de toda su religión  
voy a hacer mi testamento;  
sepan todos como yo,  
Napoleón Bonaparte  
corceguño de nación,  
emperador de la Francia,  
no por la gracia de Dios,  
sí por la de Belcebú,  
y por que el Senado dio,  
estando todos borrachos  
este honor a mi ambición,  
que a haber procedido cuerdos,  
no lo consiguiera yo,  
siendo el hombre más malvado  
que se ha visto, ni se vio,  
en la redondez del mundo,  
y el abismo no encerró.

De Leticia Regnalini (Ramolino)  
y del conde de Morbont,  
hijo soy, porque es constante,  
que en mala amistad vivió,  
con el expresado conde,  
siendo éste gobernador  
de mi patria, en cuyo tiempo,  
mi real persona nació;  
(o abortó el infierno entero  
para decirlo mejor)  
educándome uno y otro,  
sin ningún temor de Dios,  
la cual Regnalini (Ramolino) dicen  
que anteriormente casó  
con Carlos Bonaparte,  
cuyo apellido me dio

por disfrazar el pecado  
de mi infame concepción.

Hallándome bueno y sano  
del cuerpo, del alma no,  
y con temor de la muerte  
que España me prometió,  
y no hay duda me dará  
su acreditado valor,  
por tener preso a su rey  
con industria y con traición.

Para que ésta no me asalte  
sin aquella prevención  
que exige un hecho tan serio  
y de consideración,  
he determinado hacer  
mi final disposición.

Lo primero, no protesto  
de fe alguna religión,  
porque sólo el fanatismo  
como deísta, o fragmasón  
es la única que yo sigo  
aunque soy el profesor  
de cuantas el mundo tiene  
que es la malicia mayor  
que pudo haber inventado,  
la diabólica religión.

Mando mi alma a Lucifer  
mi querido amo, y señor  
para que con ella cargue  
cuando llegue la ocasión  
de que mi vida se acabe  
y espero me haga favor  
de admitir a que este obsequio  
por la grande intercesión  
del rey Enrique VIII  
del sacrílego Nerón,  
del desdichado Majencio,  
que son los que invoco yo  
por patronos y abogados  
para mi condenación.

Mando no se hagan sufragios  
algunos por mi intención,  
y quiero ser sepultado

en la lóbrega mansión  
de los infiernos, en donde  
tengo hecha mi habitación  
por los siglos de los siglos  
que es el tiempo por que son  
allí aposentados todos  
los de mi generación  
dejando a mis albaceas  
mi entierro a su discreción.

Aunque a las mandas forzosas  
quisiera dar un doblón,  
como no soy limosnero,  
no es mi ánimo en la ocasión,  
dejarles ni un medio real,  
y sí, la separación  
del derecho que a mis bienes  
tengan por cualquiera razón  
sin que aleguen preferencia  
declarando que éstos son  
una soberbia voraz propensión  
a derramar sangre humana  
con mala fe, con traición:  
poseo el engaño y mentira,  
la codicia y ambición  
con los vicios capitales  
y otras haciendas que son,  
por su riqueza en el orbe  
la común admiración.

Dicen que soy casado,  
y viví en esta opinión  
con dama Josefina,  
viuda del conde Beaumont,  
que fue de Barrás manceba,  
como todo el mundo vio  
que no trajo dote alguna  
cuando conmigo casó,  
y que yo no la tenía  
tampoco en esta ocasión.

Y tengo varios hijos  
tan espurios como yo;  
y de los matrimonios  
mi mujer dará razón  
de cuándo, cómo, y de quién  
verdaderamente son,  
causa por que no los nombro,

pues saben todos que yo  
por tener muchos amigos  
usé de la discreción  
de ponerme en la cabeza  
un puntiagudo gorrón  
que pronosticó mi suerte  
y de que esto dimanó  
según pienso el hallarme ahora  
de la Francia emperador.

Declaro que mis hazañas  
no son hijas del valor,  
pero sí de la perfidia  
que alienta mi corazón.

Dejo a Dantzik  
mis entrañas.  
A Inglaterra el pulmón  
a España mi cabeza,  
porque fue quien me venció.  
A mis tropas a Rusia lleven  
sin la menor dilación.

Vaya el hígado a Prusia,  
a Suecia doy un riñón  
el otro a la Dinamarca,  
porque neutral se mostró.  
Mando el trasero a mi Patria,  
a mi general mayor, duque de Berg,  
y a la Francia le dejo la confusión,  
la venganza, la deshonra,  
la infamia, y aquel rubor  
que para siempre tendrá  
de ser su monarca yo,  
siendo esto un borrón eterno,  
que deslució la nación,  
que desdoró el Santo Solio,  
y que por esta razón,  
será la mofa, el escarnio,  
el juguete, la irrisión,  
de todo el género humano  
el nombre de Napoleón  
será espantajo de niños,  
como lo fue *Juan Cancón*.

A las Américas mando  
puntualmente el corazón  
que en sus riquezas tenía

puesta toda mi atención,  
y cuando pensé lograrlas,  
al punto me las negó,  
advirtiéndome que de España  
quería apoderarme yo,  
llegando a tanto su saña  
que no sólo me ultrajó  
en sus versos y motetes,  
sino que también quemó  
mi estatua públicamente  
sin ninguna compasión.

Dejo a Portugal mis uñas  
quien fueron quien las robó  
cuando mis tropas entraron  
y sus templos los saqueó.

Declaro que fui pirata,  
y el más famoso ladrón  
que el orbe entero ha tenido  
desde que Dios lo crió,  
y con título de hacer  
feliz al mundo tomó  
cuantos tesoros tenía  
mi codicia y ambición,  
sin exceptuar de los templos  
ni aun el Sagrado Copón,  
cuya acción por inaudita  
en los profundos infiernos  
porque el soberano autor,  
aquel Dios de las venganzas,  
a quien nada se ocultó,  
esgrimiendo contra mí  
la espada de su rigor  
me tiene ya decretada  
del alma la perdición  
pero lo mismo, nada tengo  
propio mío, en esta ocasión,  
porque todo ello es ajeno,  
y así la restitución,  
ni la hago, ni quiero hacerla,  
ni que se haga es mi intención.

Y ordeno a mis albaceas  
que no hagan devolución  
de cosa alguna, porque  
quiero que corra la voz  
de que sólo dejo tramas,  
y en la presencia de Dios

se me hará el cargo debido,  
y allá lo pagaré yo.

Nombro por mis albaceas  
a mi querido Godoy.  
A Murat el tabernero,  
a Leduc, el tejedor,  
al príncipe Tahillerán,  
que fue de oficio aguador,  
y al alcahuete de Berg  
que vivió en el Rousellón  
no ha muchos años, y fue  
reputado por cabrón.

A todos pues, y cada uno  
doy poder, y jurisdicción  
les concedo, a fin de que  
hagan la distribución  
de mis bienes y demás,  
con la reserva mayor  
concediéndoles el tiempo,  
que para su conclusión  
hubieren menester,  
sin que haya limitación.

Por mis herederos nombro  
a Olofernes y Faraón,  
a Herodes Ascalomita,  
a aquellos que como yo  
han seguido la herejía  
con capa de religión.  
Arrio, Calvino, Lutero,  
*monsieur* Boltayre [*sic*] el traidor  
quien por sus escritos fue  
el origen que causó  
en el Imperio de Francia  
la primera revolución,  
costando infinitas vidas,  
y la muerte que causó  
a Luis XVI el noble,  
de quien yo soy sucesor  
para que lo hayan, y hereden  
si pudieren, y si no,  
que lo lleve todo el diablo,  
y eso será lo mejor.

Y por el presente anulo,  
y revoco en la cesión

los testamentos que haya hecho y sean de fecha anterior, excepto éste que ahora otorgo y por final disposición, para que al pie de la letra se ponga en ejecución.

Fecha en Bayona de Francia según la cuenta y razón a los 18 de junio de 1808  
Ego. El grande Poncio Pilato que soy francés de nación, y presidente que fui de la Galilea inferior,

doy fe, que a S. A. R. lo conozco, y lo firmó, estando en su entero juicio, por lo acorde de la voz, y lo bien que las preguntas que le hice me respondió: y a todo fueron testigos el diablo predicador, el genízaro de Hungría el grande conde Lucanor y el marqués de Franciforte, fiel cuñado de Godoy.  
Napoleón Bonaparte  
Ante mí, Poncio Pilatos.



